

CONTROLAR LA MUNDIALIZACIÓN

Documento de la Commission Justice et Paix-France

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: LOS ELEMENTOS DEL DEBATE

I.- Cómo se nos aparece la mundialización

II - Los motores de la mundialización

III - Primer enfoque ético

SEGUNDA PARTE: LECTURA ANTROPOLÓGICA DE LA MUNDIALIZACIÓN

IV - La lógica implacable de las empresas

V - Hacia una nación planetaria.

VI - La mundialización desarrolla la autonomía personal

VII - La alternativa de los repliegues de identidad

CONCLUSIÓN

CONTROLAR LA MUNDIALIZACIÓN

Documento de la Commission Justice et Paix-France¹

LA DOCUMENTATION CATHOLIQUE
2201 (4 avril 1999) 330-343
Traducción de Juan Manuel Díaz Sánchez
Instituto Social "León XIII"
Madrid, octubre de 2000

INTRODUCCIÓN

Fenómeno multiforme, la mundialización suele presentarse como una novedad sin precedentes y el debate limitarse a apreciaciones globales poco sutiles. No es cierto que la mundialización actual carezca de raíces. Sucede a una primera mundialización con la que Europa descubrió y pasó a gobernar el planeta entero desde el siglo XV hasta comienzos del XX. Se trata también de una nueva etapa de la revolución industrial comenzada a finales del siglo XVIII en Europa Occidental. Frente a la complejidad de dicha realidad, el debate suele limitarse demasiado a menudo a una condena o a una aprobación de conjunto. Para determinadas personas se trataría del origen de tantos horrores que habría que aislarse y cobijarse en las identidades pasadas, adornadas entonces de todas las virtudes. Para otras, el liberalismo económico sería capaz de resolver todo siempre que no lo impidieran los Estados; la mundialización constituiría el camino hacia la felicidad de todos gracias a la mano invisible del mercado planetario. El debate, a favor o en contra, se centra además en los aspectos económicos y financieros, descuidando todos los demás, a pesar de ser igual de importantes. Los enemigos del economismo o del "pensamiento único" sucumben frecuentemente a la influencia de la primacía de la economía a la que, no obstante, denuncian, y con razón.

Nadie puede abstraerse totalmente de la mundialización o negarla categóricamente. En efecto, nos encontramos sin lugar a dudas ante el nacimiento de una civilización planetaria de la que todos los hombres forman parte activa. Nadie puede aislarse de una evolución global que afecta, cada vez más, a todos los aspectos de la vida. Por primera vez, es realmente planetaria, puesto que no se encuentra limitada a una zona geográfica determinada ni la domina una sola región. El pasado, con Grecia, Roma, China, la Cristiandad, el imperio de los Habsburgo, ya vio nacer pretensiones mundiales. Pero, en realidad, el "mundo" así concebido sólo representó a una parte de las sociedades humanas del momento, jamás a todos los hombres y todos los rincones del mundo. La primera mundialización, la del descubrimiento y colonización del mundo de la mano de los europeos, afectó a todo el mundo aunque no representó más que la proyección de Europa fuera de sus barreras geográficas. No fue universal, sino europea. El cristianismo, el islamismo, de Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano tienen en común un enfoque universalista, aunque, de hecho, y hasta la fecha, dicho enfoque no había englobado nunca a todos los hombres. La gran novedad del momento actual de la historia es que afecta a todos los grupos humanos. Todos los hombres son sus actores y sus sujetos, no sólo objetos. Viene acompañada de una revolución en las percepciones de la realidad que orientan nuestros conceptos y nuestras acciones. Qué duda cabe que es necesario remontarse a la Alejandría de los primeros siglos después de

¹ Texto francés de la Secretaría de la *Commission Justice et Paix-France*. Editado por *Bayard-Éditions/Centurion/Cerf/Fleurus/Mame en un volumen con numerosos anexos*.

Jesucristo para encontrar los rastros del primer intento análogo, aunque sólo fuera universal en su intención. No olvidemos tampoco el temible mito de Babel, mucho más antiguo, aunque siempre presente.

El texto presentado por Justice et Paix-France se inscribe dentro del debate actual. Su primera preocupación consiste en tener en cuenta y explicitar la diversidad de aspectos de la mundialización, lo que excluye cualquier tipo de juicio global demasiado simplista. También deseamos suministrar al lector elementos y criterios de discernimiento para que pueda formarse su propio juicio. No obstante, no somos neutros. Para nosotros, la mundialización debe entenderse de acuerdo con la perspectiva del proyecto divino: un mundo justo atento a los menos favorecidos, un mundo pacífico que no puede basarse en la violencia del dinero o de las armas. Este proyecto sólo puede llevarse a cabo a través de la diversidad de los hombres y el ejercicio de su libertad. La labor actual de los cristianos y de la Iglesia en la presente mundialización consiste pues, más allá de todo discurso moralizador o idealista, en ofrecer una visión lúcida de esta etapa fundamental de la evolución de la humanidad y aportar, junto a otros, respuestas concretas que permitan controlar la evolución en proceso. Si bien los cristianos no poseen de forma alguna exclusividad sobre este proceso, tampoco son los peores situados: desde el Pentecostés, se inscriben en un universalismo portador de unidad a través de las diversidades personales y colectivas. Los cristianos se encuentran entre los "mundialistas" más antiguos; no tienen motivo alguno para sentirse angustiados por el nuevo mundo que se avecina. Sin embargo, y continuando con su propia tradición, tienen que vincular la evolución en proceso a su concepción del universalismo, orientarla hacia el interés general y, en especial, de aquellos sin voz ni voto, de los pobres, de los marginados. Han de tener en cuenta igualmente las nuevas cuestiones éticas que se plantean en relación con nuestra responsabilidad frente a las futuras generaciones en los ámbitos de la ecología y la biología.

La propia elaboración del texto está muy ligada a esta perspectiva cristiana. La ética no es algo añadido: gobierna el proceso, la elección de los sujetos tratados y el plan escogido. Este enfoque ético parte de dos universalismos legados por nuestra tradición: el de Babel y el de Pentecostés. En efecto, el universalismo cristiano se basa y ha ido evolucionando a lo largo de los años con arreglo a estos dos conceptos, que pueden servir por tanto como base de un primer análisis. A continuación, el texto se propone discutir diversas cuestiones que nos parecen fundamentales para el futuro en relación con los dos universalismos enunciados. Cada una de las cuestiones abordadas se dedica de esta forma a una de las facetas de la mundialización, vista desde la perspectiva del universalismo cristiano. Estas facetas son interdependientes aunque no puede deducirse una a partir de la otra.

El texto está dividido en dos partes. En la primera se exponen los elementos del debate a través de una exposición, lo más objetiva posible, del aspecto fenomenológico de la mundialización, de sus motores y de las condiciones de una evaluación ética. La segunda parte es un ensayo antropológico de la mundialización. En él se abordan, sucesivamente, los siguientes temas: la lógica implacable de las empresas, el nacimiento de una nación mundial, el desarrollo de la autonomía personal, la alternativa de los repliegues de identidad. En resumen, formulamos cuatro recomendaciones para llevar a cabo acciones prioritarias y posibles. El proceso viene completado por un conjunto importante de diez anexos en los que se profundiza en ciertos aspectos tratados por encima en el texto de base o no tratados a pesar de resultar interesantes. El conjunto ha sido concebido con el objeto de permitir diversos niveles de lectura según los conocimientos y las necesidades de cada uno; cada parte del texto de base termina con un párrafo en cursiva a modo de síntesis. Aquellos puntos y juicios éticos importantes aparecen también en cursiva.

PRIMERA PARTE: LOS ELEMENTOS DEL DEBATE

I.- Cómo se nos aparece la mundialización

La mundialización es, ante todo, la presencia del mundo entero en nuestras vidas, tanto en los productos que utilizamos, como en la información que recibimos, en los problemas del paro y en las percepciones que hacemos del exterior, en las posibilidades de viajar y en las de comunicar. El mundo entero está cada vez más presente en todas partes y en cada uno de nosotros, cambiando así nuestras referencias más familiares. Por tanto, no es de extrañar que nos sintamos desorientados, puesto que de hecho lo estamos, en tanto en cuanto nuestras antiguas referencias siguen estando presentes y las nuevas aún poco definidas y no consolidadas. Vivimos por tanto entre dos aguas desconcertantes pero ricas en innovaciones.

Examinemos con mayor detenimiento esta penetración del mundo entero para constatar su amplitud y diversidad:

- Los coches actuales están formados por piezas procedentes de más de veinte países distintos. Los bienes de consumo, perecederos o no, vendidos en Francia, proceden cada vez con mayor frecuencia de países muy distantes. La decoración y la moda se inspiran en las grandes corrientes culturales del mundo. Por el contrario, cada vez se acentúa más la preponderancia norteamericana en el cine y la televisión.

- A través de la televisión y la radio, el mundo entero está presente en el salón de cada casa, aunque sin interactividad. Esta se ha logrado a través del teléfono, fijo o móvil, y se desarrolla sobre todo gracias a Internet. Desde cualquier rincón del mundo, todos podemos comunicarnos con todos si disponemos de los aparatos necesarios y los sabemos utilizar. Con las telecomunicaciones, el espacio mundial puede "condensarse" en un único punto, aquel en el que uno se encuentra. Del mismo modo, es posible acceder físicamente a una gran parte del mundo en menos de un día desde cualquier sitio de esta otra parte. Si aplicáramos los criterios originales de delimitación por departamentos, esta gran parte de la tierra formaría uno solo.

- Con la posibilidad de convertir las principales divisas y la desregulación del espacio financiero, todos podemos utilizar nuestro dinero en cualquier tipo de operación y desde cualquier lugar. Un único mercado financiero encierra, día y noche, a todo el mundo a través de una red de plazas financieras conectadas entre sí gracias a la informática.

- Si bien las lenguas mayoritarias y las minoritarias están cada vez más vivas gracias a la promoción de las identidades, existe una, el inglés, que se ha convertido en el idioma vehicular mundial. A escala regional, existen otras lenguas que desempeñan funciones similares, como el francés en África Occidental. Poco a poco, todos hablaremos una o dos lenguas vehiculares además de la nuestra propia, sin olvidar los sistemas de explotación informática como Windows y Mac-Os, que se están convirtiendo en verdaderos idiomas planetarios; en pocas décadas, todos los conocerán y hablarán.

- El desarrollo incesante de las comunicaciones y las telecomunicaciones transforma la noción de proximidad. Si antaño lo cercano se confundía con lo vecino, poco a poco, éste ya no es tanto el

caso. Podemos estar muy "lejos" de aquellos de nuestros vecinos que perciben ayudas estatales y muy "cerca" de un colega que vive en las antípodas. Las proximidades espaciales que antes constituían un elemento importante de la cohesión social tienden a desvanecerse: los suburbios suceden a las ciudades, algo que incide en el desarrollo de la violencia urbana.

- Los desplazamientos adquieren una importancia vital. Las ideas y las modas viajan cada vez más lejos y más rápido, al igual que las epidemias y las enfermedades, los bienes, los servicios y el dinero. Ya existen empresas esparcidas por diversos emplazamientos, cada vez es más común el teletrabajo y las conferencias especializadas se multiplican. El comercio internacional crece claramente más rápido que la producción de riquezas.

- Asistimos a una concentración rápida de empresas, especialmente en ámbitos en los que las economías de escala son importantes: automóviles, petróleo, transporte aéreo, aviación y armamento. Las grandes firmas nacionales se unen para crear grupos mundiales. Otras firmas intentan "mundializarse" cada vez más, concibiendo sus propios productos para un mercado mundial. Citemos por ejemplo el caso de las prendas de Benetton, la electrónica para el gran público de Sony o los neumáticos Michelin.

- Los únicos que no pueden moverse ni desplazarse son los poderes públicos, pues se encuentran arraigados en los territorios geográficos que los definen y los encierran en el interior de las fronteras. Frente a los fenómenos anteriormente expuestos, los Estados reaccionan asociándose y ejerciendo parte de sus competencias en común. Surgen pragmáticamente dos niveles de integración, Por un lado, un nivel planetario con las organizaciones multilaterales nacidas después de 1945, como la ONU, FMI, BIRD, UNESCO, OMS, FAO, y más recientemente la OMC, y los grandes Estados se coordinan en el G8. Por otro, el nivel regional con las Asociaciones regionales de Estados, siendo la Unión Europea, dotada con una moneda única, la más avanzada de todas ellas. No obstante, no podemos descuidar la importancia de las asociaciones asiáticas y las de América del Norte y del Sur.

- Cada vez es más común que se superponga un espacio único de normas jurídicas y éticas a los espacios meramente nacionales. Son numerosos los convenios internacionales que se encargan de definir un nuevo espacio jurídico de derecho público superior a los derechos nacionales. Impulsado por las ONG, la ONU y diversas autoridades morales, en especial las Iglesias, se va imponiendo poco a poco un cuerpo de normas para los derechos del hombre a pesar de numerosas resistencias. Por todos estos motivos, el derecho y los jueces adquieren una mayor importancia social y política, y empieza a aparecer un verdadero "bien común" mundial.

- Las Iglesias no son ajenas al movimiento. También reaccionan coordinándose, especialmente en el mundo cristiano. La Iglesia católica constituye un caso específico, al ser mundialista *sui generis* y estar organizada como tal.

- La acción sobre la sociedad también está cambiando. A través de las ONG especializadas, que operan en todos los niveles geográficos, la colaboración ciudadana ya no se limita a los partidos políticos ya las elecciones descuidando el territorio local. De esta forma, todos pueden vivir la marcha del mundo y participar desde dondequiera que estén. El movimiento social responde a la mundialización de las empresas, aunque con retraso.

- Con motivo de la hambruna, las guerras civiles, los atentados contra los derechos del hombre, la destrucción de espacios vivos o medios naturales, se despierta una opinión pública planetaria que comienza a tener peso en las decisiones políticas o económicas.

- Todos los países sufren ahora problemas similares, ya no existen, por un lado, países desarrollados sin pobres ni marginados y, de otro, países subdesarrollados donde todos son pobres. Las desigualdades de riquezas se acentúan sin remedio, tanto en el interior de cada país, como entre los propios países. Por este motivo, la lucha contra la exclusión adquiere un carácter prioritario y el desarrollo se convierte en una cuestión crucial.

Acordaremos denominar "mundialización" al conjunto de estos fenómenos. Más o menos, afectan a todos los hombres, a todos los puntos del planeta. Por primera vez, conducen a una sociedad humana realmente unificada que toma conciencia de los problemas comunes a toda la humanidad sin convertirse por ello en uniforme.

II - Los motores de la mundialización

Si bien la mundialización actual presenta aspectos múltiples y se inscribe en una larga historia comenzada a finales del siglo XV, lo cierto es que sus motores son poco numerosos, simples y poderosos. La mundialización se deriva básicamente de la acción simultánea y conjugada de la revolución informática, del dinamismo de las grandes empresas y de la tendencia semiasumida de Estados Unidos de su función de súper-potencia hegemónica. Tales son los tres motores fundamentales que, poco a poco, van a modificar todo el mundo, y dicha acción no ha concluido.

La revolución informática permite transferir y procesar volúmenes enormes de información a costes cada vez inferiores. En ella subyacen todos los elementos de la mundialización ligados a la comunicación en todos los ámbitos. Desempeña en la mundialización una función similar a la de la máquina de vapor en la revolución industrial del siglo pasado. Sin ella, la actual mundialización habría sido imposible e incluso inconcebible. No obstante, no ha nacido con la mundialización, ha despegado lentamente a partir de los años 50. La mundialización, con el crecimiento vertiginoso de los mercados abiertos, refuerza, acelera y frena la revolución informática. De esta forma, vemos manifestarse el carácter acumulativo de los procesos de mundialización, lo que explica en gran medida la fuerza y rapidez con que se están produciendo los cambios actuales.

Estados Unidos sufrió una profunda humillación tras su derrota frente a los vietnamitas. Su decisión de liberalizar los intercambios y suprimir en la mayor medida de lo posible las normas nacionales (empezando por las suyas propias) ha sido el principal vehículo del renacimiento de su potencia imperial. Esto, por la simple y poderosa razón de que, al ser norteamericanas las grandes firmas mundiales, al igual que las mayores plazas financieras, los beneficios derivados de la desregulación redundan prioritariamente en los agentes estadounidenses. Ello permite al mismo tiempo reducir el desempleo interior y financiar una fuerza militar colosal beneficiosa para los recientes avances tecnológicos, financiación que, a su vez, resulta provechosa para las empresas norteamericanas. Este punto de vista aclara de paso la guerra del Golfo de 1990: puede entenderse como el signo concreto del papel norteamericano como líder de la mundialización, de las ideologías que la acompañan y, por último, del nuevo mundo que se está edificando. Sin estas decisiones norteamericanas, la informatización del mundo habría seguido su camino inicial al igual que la mundialización, aunque de forma más lenta.

La revolución informática y la voluntad norteamericana habrían tenido pocos efectos si, además, el mundo de las finanzas y el de la economía no hubieran estado preparados para recibirlos en beneficio propio, convirtiéndose de este modo en los principales agentes activos de la mundialización. En los años 70, los mercados se estancaron: la reconstrucción posterior a 1945 había finalizado, el mundo socialista se encerraba en sí mismo y el desarrollo del tercer mundo distaba de cumplir sus promesas. Los movimientos de liberación en Latinoamérica, el fracaso estadounidense en Vietnam y los movimientos estudiantiles y obreros del 68 habían debilitado política e ideológicamente el orden capitalista al igual que el distanciamiento del dólar con respecto al patrón oro. En este contexto, las grandes multinacionales anglosajonas ejercieron presión sobre el Congreso y la Presidencia de Estados Unidos para propulsar la desregulación, única capaz de abrir masivamente los mercados para propagar el liberalismo e infinitamente preferible a las intervenciones directas como la que desbancó al presidente Allende en Chile. El conjunto de las empresas occidentales y asiáticas siguió sus pasos, más aún porque la construcción europea seguía los mismos derroteros ideológicos. Iba a ser posible imponer la lógica de las empresas y los bancos a todos los Estados, a todos los pueblos ya cada uno de nosotros, al menos en el mundo capitalista. Volveremos sobre este punto, pues la importancia de esta lógica resulta determinante en las dificultades derivadas de la mundialización.

La mundialización se habría limitado al mundo capitalista de no haberse beneficiado de dos acontecimientos tan poco previstos como importantes. La desaparición del "socialismo real" en Europa del Este y en la URSS, así como la desintegración de esta última y el paso de China al "socialismo de mercado" desembocaron en la apertura del mundo entero a la economía de mercado. La India, por su parte, comenzó a liberalizarse ya abrirse al exterior. Por este motivo, la mundialización se hizo merecedora de su nombre.

Aunque el dinamismo de la ideología liberal aplicada por las empresas, Estados Unidos y la Unión Europea es, históricamente, uno de los motores fundamentales de la mundialización, no debemos identificarla con esta ideología. Como ya hemos visto, la mundialización incluye un conjunto de evoluciones y fenómenos que supera ampliamente el ámbito económico y se extiende a todas las parcelas de la actividad humana. La informática, otro motor capital de la mundialización, no define por sí sola un tipo de sociedad; resulta indispensable para el funcionamiento de los mercados, pero su utilidad es infinitamente más amplia. Del mismo modo que favorece la comunicación, las redes de cualquier naturaleza y la toma de conciencia de las diversidades a través de su capacidad para tratar una gran cantidad de variables, ayuda también a promover sociedades abiertas y múltiples sin reducirlas por ello a un modelo único. Sería por tanto un grave error de apreciación que podría desembocar en rechazos injustificados confundir la mundialización con el neoliberalismo planetario.

La mundialización es el resultado de la expansión por todo el mundo de la economía de mercado y de la lógica de las empresas en el marco de la revolución informática a la que acompaña; es, al mismo tiempo, el medio y el resultado del liderazgo norteamericano. Por tanto, no deberíamos confundir la mundialización con la ideología liberal.

III - Primer enfoque ético

Nadie se sorprendería de que un *golden boy* se sintiera entusiasmado por la expansión mundial de los mercados financieros, ni de que, al contrario, un empleado despedido tras un proceso de

reestructuración destinado a adaptar su empresa a la competencia mundial, considerase la mundialización bastante amarga y la rechazara por completo. Frente a un movimiento tan potente como presente, resulta especialmente difícil ser objetivo, y los juicios dependen directamente de la situación de aquel que juzga. No podremos evitar esta dificultad. No obstante, conviene sacar partido de esa situación: al no poder ser imparciales, explicitaremos el punto de vista del que podrán partir los cristianos. Ello requiere explicitar la concepción cristiana de la universalidad, discernir el interés de un primer enfoque ético y como contribución a la orientación de la mundialización.

El universalismo cristiano se afianza en el relato del Pentecostés. Cuando se posaron lenguas de fuego sobre las cabezas de los Apóstoles reunidos, estos adquirieron la capacidad de comprender a distintas personas que no hablaban el mismo idioma, de hacerse entender por ellas y anunciar así el mensaje de Jesús a todos los pueblos, por diversos que fueran. El sentido de esta historia está claro: este mensaje se dirige a todos los hombres sin que estos tengan necesidad de ser iguales los unos a los otros, para recibirlo. El cristianismo naciente se sitúa pues de entrada en una perspectiva que podríamos calificar en la actualidad de mundialista, aunque se trataría de un mundialismo ligado al respeto de la diversidad. Apuntemos de paso lo mucho que se asombraron los Apóstoles de lo que les sobrevino: al igual que en la actualidad, por aquel entonces, la reacción espontánea de cada uno de nosotros consistía en favorecer a nuestro propio grupo, mientras que el Espíritu de Dios actúa de otro modo y así invita a hacerlo. Hay otras dos características dignas de mención: *Por una parte, el milagro del Pentecostés no se produjo en individuos aislados, sino en los Apóstoles reunidos. El mundialismo cristiano no es, por tanto, un asunto individual, sino la obra colectiva de la Iglesia y de los hombres en sus distintos reagrupamientos. Por otra parte, este mundialismo naciente se asienta en hombres y pueblos, no toma como sujeto la riqueza o, como diríamos en hoy en día, la economía, ni el poder; sino la comunicación y la comprensión entre los pueblos.*

Este mundialismo fue sometido a una dura prueba en el siglo XVI, cuando los hombres empezaron a interrogarse acerca la naturaleza de los indios recientemente descubiertos. ¿Eran realmente hombres? ¿Había que tratarlos como tales? Los intereses económicos de aquel entonces llevaban a una respuesta negativa. La respuesta afirmativa se debió a Bartolomé de las Casas

Este mundialismo fue sometido a una dura prueba en el siglo XVI, cuando los hombres empezaron a interrogarse acerca la naturaleza de los indios recientemente descubiertos. ¿Eran realmente hombres? ¿Había que tratarlos como tales? Los intereses económicos de aquel entonces llevaban a una respuesta negativa. Este fue el honor de hombre como Bartolomé de Las Casas que se atrevió a dar una respuesta positiva, pidiendo al mismo movimiento la solidaridad entre los hombres, entre los pueblos, todos llamados por Dios al mismo título.

El pasaje de Pentecostés permite una primera aclaración ética: *debido al universalismo al que están llamados los cristiano, les prohíbe que rechacen en bloque la mundialización, ya que asocia a todos los hombres y los hace solidarios. Pero, no por ello, autoriza una aprobación global. Cada aspecto de la mundialización debe someterse a un juicio basado en tres criterios: ¿tiene como primer sujeto al hombre y a su desarrollo? ¿Se interesa por todos los hombres? ¿Respeto su diversidad? Esto coincide con la gran preocupación de la Encíclica Populorum Progressio: desarrollar a todo el hombre y a todos los hombres.*

El universalismo cristiano no es un fin en sí. Si los Apóstoles intentan que los extranjeros los comprendan, no es para hablar de lo que sea, sino para propagar la Buena Nueva: la de la

Encarnación y la salvación para todos. Este universalismo es entonces el medio, la condición necesaria, del mensaje y de la salvación. La mundialización actual será entonces a nuestros ojos tanto mejor cuanto más creadora sea de las condiciones de recepción de los deseos de Dios para cada uno según su propia cultura, tal como indica el hecho de que cada uno comprendía a los Apóstoles en su propia lengua.

A este universalismo se opone el de la torre de Babel. A los hombres, culpables de haber querido construir una ciudad con una torre que penetrara los cielos, se les castigó de dos maneras: fragmentación de las lenguas (que hace imposible la comunicación) y dispersión por toda la tierra. Antes utilizaban una misma lengua, las mismas palabras y vivían juntos en el mismo sitio: el país de Babilonia; es decir, el país de la puerta de Dios. Subrayemos de entrada que este texto es sorprendentemente actual. Un grupo de hombres, reunidos, hablando una misma lengua: ¿no es esto una metáfora de la globalización y de Internet? ¿Por qué se les castiga exactamente? Por encima de las explicaciones clásicas, como el orgullo que se ha instalado en ellos, se vislumbra otro. *Aquí, el universalismo sólo se ordena a sí mismo y al poder, por esto desaparece la unidad de los hombres y de las lenguas. Nos encontramos exactamente ante la negación de Pentecostés.*

La tradición nos presenta también dos concepciones del universalismo. ¿En qué se oponen? En cada uno de ellas todos los pueblos y todos los hombres se ven afectados y se unen. Es precisamente sobre la manera de concebir la unidad sobre la que se oponen ambos universalismos. En la ciudad de Babilonia, todos los hombres se reúnen, hablan la misma lengua y trabajan en la misma obra: una torre que une la tierra con el cielo. El concepto de unidad que subyace es el de la uniformidad totalitaria, porque, precisamente, no distingue la tierra del Cielo (lo que significa la metáfora de la torre) y reúne a gentes parecidas. Babel es una metáfora de cualquier totalitarismo, incluso de base religiosa. El concepto de unidad simbolizado por Pentecostés supone, por el contrario, el mantenimiento de la diversidad: la unidad descansa sobre la existencia de individuos diferentes y de ninguna manera busca abarcarlos o englobarlos a todos, es un movimiento común de individuos diferentes y que lo siguen siendo hacia la recepción de la Palabra de Dios. Es evidente que la mundialización actual puede decantarse hasta una u otra de las maneras de entenderla. La globalización del mercado financiero, por ejemplo, está muy relacionada con el concepto de Babel; lo mismo ocurre con el primado absoluto de la economía. Por el contrario, la difusión de las comunicaciones permite que los individuos se comuniquen mejor y, entonces, refleja mejor el concepto de Pentecostés.

La Iglesia y los cristianos no pueden permanecer indiferentes frente a la mundialización. Pero tenemos que verificar, sin cesar, su adecuación al universalismo del que somos portadores, pero no por ello tenemos que convertirnos en jueces, como si fuéramos espectadores o ajenos a la acción. Para ser parte activa también tenemos que desarrollar nuestro universalismo en el seno de nuestras Iglesias y participar activamente en la orientación de la mundialización para evitar el peligro de recrear Babel.

Si queremos admitir que el mensaje de Dios sólo puede tener como objetivo el interés de los hombres, por muy diferentes que sean, incluso en sus dimensiones religiosas, entonces también debemos admitir que el universalismo cristiano (con los criterios que origina) no es válido sólo para los cristianos, sino también para los ateos, los musulmanes, los judíos, los budistas, etc. De ninguna manera se trata de querer convertir a todos los hombres a la fe cristiana, sino simplemente de reconocer que el universalismo cristiano es también un universalismo humano, que está a disposición de todos y cada uno, que es capaz de ayudar a moralizar

todas las dimensiones de la mundialización. La experiencia histórica confirma esta afirmación: todos los totalitarismos han llevado a la opresión de los hombres, al aislamiento y al miedo, a sociedades de silencio donde la comunicación es imposible.

El universalismo del tipo "Torre de Babel", basado en la reducción de la diversidad humana a un solo modelo, que niega hasta su límite la noción misma de sujeto, en realidad lleva a la dispersión de los hombres y a la imposibilidad de comprenderse, y por lo tanto a los conflictos y a la violencia. A esta concepción se opone el universalismo de Pentecostés, basado sobre la diferencia de los individuos y su autonomía, que permita a cada pueblo comprender a los otros en la vivencia de una unidad orientada hacia la salvación, el desarrollo de todo hombre y todos los hombres. Estas dos figuras que proponen las tradiciones bíblicas y cristianas pueden constituir un primer enfoque ético para evaluar y orientar la mundialización actual. Universalistas desde el principio, los cristianos no tienen que huir de la mundialización en curso ni rechazarla de lleno bloque, sino orientarla hacia una unidad real de los hombres a partir de la necesaria diversidad de individuos. La Unidad es lo contrario a la uniformidad. Supone la pluralidad, la diferenciación de las personas y la comunicación entre ellas.

SEGUNDA PARTE: LECTURA ANTROPOLÓGICA DE LA MUNDIALIZACIÓN

IV - La lógica implacable de las empresas

Las transacciones financieras transfronterizas y las inversiones realizadas en el extranjero son excelentes indicadores de la mundialización de las empresas. Mientras que las inversiones nacionales en el mundo se han multiplicado solamente por dos de 1980 a 1996, las efectuadas en el extranjero se han multiplicado por seis. En Francia, las transacciones financieras transfronterizas de acciones y obligaciones pasaron, en ese mismo periodo, del 5 % del PIB al 227 %. Estas cifras permiten comprobar el carácter masivo de la mundialización de las empresas y la apertura de las economías.

Estos movimientos no se suceden por casualidad. Obedecen estrictamente a la lógica que gobierna las empresas. Dicha lógica no es otra que la del imperativo categórico de la rentabilidad, ineludible para cualquier empresa pues, de hacerlo, correría el riesgo de desaparecer. La mundialización conlleva la aplicación de dicha lógica en todas las naciones y, en cada una de ellas, en toda la sociedad, a la cual se impone so pena de ver cómo se acentúa el desempleo, puesto que las producciones podrían empezar a emigrar sin obstáculo alguno. *Por tanto, todo tiende a juzgarse con el rasero del beneficio posible, tanto las naciones como los hombres. Un "buen" país será aquel en el que los beneficios se obtengan de forma sencilla y rápida; un "buen" Estado será aquel que garantice la estabilidad de su moneda, el orden social y que invierta en la formación y los equipos, una "buena" mano de obra será la que trabaje mucho, esté altamente cualificada y sea poco reivindicativa en cuanto a los salarios.* La aplicación de esta lógica, de esta ideología, suele calificarse de "pensamiento único", puesto que se considera la única posible.

Es necesario comprender que *esta lógica, llevada hasta sus últimas consecuencias, no puede más que reforzar a los fuertes y debilitar a los débiles. Aumenta las diferencias sociales.* Esto es precisamente lo que ocurre en Europa: las riquezas aumentan con celeridad, pero también la marginalidad y el desempleo, introduciendo la violencia en el corazón de la sociedad, en las calles y en las escuelas. Por este motivo, las diferencias entre los países desarrollados y los subdesarrollados se van reduciendo: la exclusión se codea con la riqueza, en el corazón mismo de

las naciones. Por todo ello, estamos lejos de reducir las diferencias medias del desarrollo. A pesar de los tipos de crecimiento a veces elevados registrados en los países emergentes, las diferencias de riqueza media por persona siguen incrementándose y no parece que nada vaya a frenar esta evolución. La cuestión del desarrollo no se resuelve con la extensión de la mundialización económica. Está, no obstante, transforma la problemática: en el pasado, había, por un lado, países desarrollados sin desempleo ni exclusión y, por otro, países que carecían absolutamente de futuro. En la actualidad, todos se enfrentan más o menos a los mismos desafíos, a pesar de seguir siendo muy diferentes en cuanto a su riqueza media. ¿Podrá seguir aceptándose durante mucho tiempo que los ingresos medios por habitante variaran en 1997 de 1 a 110 entre los países industrializados y los menos avanzados?

Por tanto, la lógica de las empresas puede aparecer contraria al universalismo del Pentecostés, al reducir al hombre a un factor de producción. *Se está expandiendo un totalitarismo del beneficio y de la economía. ¿Cómo conservar lo positivo (la producción de riquezas) sin contar al mismo tiempo con lo negativo (la alienación del hombre y la pobreza de algunos)?* Esta cuestión dista mucho de ser nueva. Ya se planteaba en la Europa del siglo pasado, con el nacimiento del capitalismo. Se ofrecieron múltiples respuestas. Podía cambiarse completamente la propiedad y la sociedad: tal fue la utopía del comunismo, propagada por el *Manifiesto* de Karl Marx en 1848. También se podría instaurar un Estado totalitario fundado en una ideología única impuesta, que absorbiera a toda la sociedad en el orden político: tales fueron las respuestas estalinistas, nazis o fascistas. Por último, podría aceptarse el desarrollo capitalista e intentar equilibrarlo, ya fuera por una acción de redistribución del Estado en colaboración con la patronal y los sindicatos (la social democracia instaurada en todos los países de Europa Occidental), ya fuera a través de la fortaleza de una sociedad civil muy activa (respuesta liberal típica de Estados Unidos), o, por último, combinando ambos sistemas (el *New Deal* de F.D. Roosevelt). Hasta el momento, los hechos han resuelto más bien en favor de este último grupo de respuestas, puesto que las dos primeras no han provocado más que una barbarie peor que la del capitalismo. Por tanto, se podría pensar que la respuesta eficaz a los indiscutibles males sociales de la mundialización económica reside en la mundialización de la social democracia ligada al liberalismo, sin descartar por principio que distintas formas nuevas de socialismo podrían responder igualmente a la cuestión, incluso a partir de las ideas de Marx, aunque dichas formas están aún por nacer. Hasta que no se logre esta evolución, la mundialización económica seguirá siendo salvaje, tal como lo fue el capitalismo en su nacimiento.

En este camino se alza un obstáculo de gran envergadura: el desfase de los espacios económicos y políticos. Este desfase se daba ligeramente el siglo pasado, cuando las economías estaban poco internacionalizadas. La situación actual es bien distinta. Mientras que la economía y las finanzas se despliegan en un único espacio unificado y globalizado (el mundo entero, homólogo a la ciudad única en la que se erigía la torre de Babel) la política sigue estando demasiado fragmentada en espacios institucionales independientes. El poder político no puede por tanto actuar de forma global en el espacio más adecuado, el de un mundo único. Las Asociaciones regionales de Estados como la Unión Europea; es porque la Europa unida, con su propia moneda, es indispensable para el control local de la mundialización. Sin embargo ocasiones, la cuestión se resolverá totalmente una vez que surjan organismos políticos especializados multilaterales y democráticos, los únicos capaces de obligar a una redistribución mundializada y de establecer unas normas sociales generales, sin constituir por ello un gobierno mundial que elimine los gobiernos nacionales. La promoción de Asociaciones regionales de Estados y la creación de organismos políticos mundiales democráticos son dos trámites complementarios, no opuestos. Estos organismos no existen todavía bajo sus formas adecuadas –el sistema internacional actual entró en vigor a

partir de 1945 está todavía muy lejos-. Es una tarea urgente luchar por su nacimiento por todos nosotros y por los cristianos en particular, al igual que por la promoción de la cooperación entre Estados y la extensión de normas jurídicas internacionales. Así se podrá reducir, e incluso hacer desaparecer, la distancia creciente entre los espacios políticos y el espacio económico globalizado, problema central si se quiere civilizar la mundialización económica.

La mundialización de la economía es rápida y masiva, engendra una producción creciente de riquezas con consecuencias sociales a veces muy negativas debido a la primacía absoluta de la rentabilidad que engendra un nuevo tipo de totalitarismo homólogo al de la Torre de Babel. Estas consecuencias no podrán controlarse más que mediante una mundialización del poder político asociado a la extensión de Asociaciones regionales de Estados. La Unión Europea, con el euro, es ya un intento de respuesta para nuestro Continente. Nosotros deberíamos entonces adherirnos plenamente a ella.

V.- Hacia una nación planetaria.

Las instituciones políticas evolucionan frecuentemente bajo la presión de una opinión pública tomando conciencia, en un momento dado, de que ellas han llegado a ser poco capaces de resolver los problemas que experimentan las personas. Esta constatación no es nueva, pero revela una fuerza que aumenta con la multiplicación y la mundialización de los medios de información de masas. Así pues se puede suponer con verosimilitud que la necesaria mundialización de lo político será tanto más rápida y profunda cuanto más la reclame una opinión pública mundial cada vez más conciente y exigente. La mundialización de lo político, de antes que ninguna de las reivindicaciones, la globalización en cada uno de nosotros de la conciencia del mundo, la participación de cada uno en la acción a favor de un mundo nuevo y mejor para todos. Cuanto antes seamos concientes de formar un solo pueblo mundial que viva en una sola tierra, antes se modificará el carácter salvaje de la mundialización actual. De hecho la palabra de pueblo no es la mejor, porque permite suponer que todas las personas que lo integran tienen en común la misma historia, las mismas costumbres y la misma lengua. Evidentemente este no es el caso y no debe constituir un objetivo, a menos que se corra el riesgo de caer en el universalismo de Babel. El término más adecuado es, más bien, el de "nación", que designa a personas que en principio tienen en común la aceptación de un mismo futuro colectivo, lo que supone evidentemente el reparto de elementos culturales próximos, si es que no son idénticos. ¿A qué altura estamos de la formación de una sola nación planetaria, aspecto capital de la mundialización?

Actualmente se puede constatar la presencia de caracteres culturales cada vez más comunes en cada vez mayor número de personas. Por todas partes se desarrolla una civilización común de la vida diaria, que se difunde como una consecuencia de la mundialización de las empresas. Esta civilización está relacionada con la urbanización, porque utiliza las ciudades como puntos de apoyo y vectores de su difusión. Se observa entonces una correlación entre mundialización y urbanización, lo que constituye ya en sí un elemento capital de aproximación cultural. Se venden productos análogos de gran consumo por todas partes en grandes superficies, cada vez más parecidas. Aparatos audiovisuales, coches, ordenadores, CDs, películas y series televisadas, ropas y calzado-, productos de belleza, se venden cada vez más en mercados múltiples, repartidos por el mundo entero. Los aviones son los mismos en todas partes. De hecho los fabrican dos compañías. Se asiste a la fusión de empresas que además quieren acelerar este movimiento, como por ejemplo, la reciente entre Chrysler y Mercedes-Benz.

Sin embargo, ahora con viajar y con vivir en diferentes países para darse cuenta que utilizar los mismos productos y ver las mismas emisiones no significa vivir de manera idéntica. Pero este movimiento de la vida diaria implica, no obstante, que se cree un nivel común de usos entre personas que son diferentes. El ejemplo de los Talibán muestra *por el contrario* la realidad de esta afirmación: destruyen sistemáticamente este nivel porque para ellos el único medio que les permite aislar verdaderamente del exterior la vida del pueblo afgano. A las diferentes culturas de los pueblos se integra cada vez más un estrato común, según las modalidades

variables en función de las diversas áreas culturales. *Se está aquí ante un proceso totalmente aceptable, si se tiene en cuenta el universalismo de Pentecostés.*

Lo mismo sucede con las lenguas y con ciertos valores éticos. El inglés tiende a convertirse en la lengua de la comunicación mundial, sin que por otra parte las otras lenguas desaparezcan. Solamente que se extiende cada vez más como suplencia de las lenguas vernáculas. Los valores que los reagruparán bajo el vocablo "Derechos Humanos" nacieron en Europa; se asiste a su extensión progresiva por todos los pueblos, incluso habiendo intentos, en Asia o en los países musulmanes, para limitar su universalidad en nombre de conceptos regionales. Estos intentos de restricción son, por otra parte, la mejor prueba de su actual expansión. Incluso aunque no se respeten necesariamente en todas partes (¿se respetan siempre en su país de origen?), su recuperación generalizada significa la aceptación de normas comunes y, por tanto, de un nivel ético común a todos, una concepción universal del hombre cada vez más extendida.

La nación planetaria se construye también mediante la mundialización del Derecho, que, poco a poco, va creando normas universales, acompañadas a veces de jurisdicciones *ad hoc*. El Derecho Internacional se enriquece con las nuevas reglas necesarias para los mercados planetarios, reemplazando así a las reglas nacionales, incompatibles con la liberalización de la economía, lo que plantea por otra parte la difícil cuestión de la perennidad de la soberanía de cada país. Los derechos del hombre quedaron proclamados en la Declaración Universal votada por la ONU en 1948, y más tarde en otros instrumentos jurídicos. A partir del precedente de Nuremberg, nacieron los tribunales internacionales. El más importante de ellos es, sin lugar a dudas, el Tribunal Penal Internacional cuyos estatutos fueron aprobados en 1998. No deberíamos infravalorar la importancia de la mundialización del Derecho, puesto que un conjunto común de normas jurídicas es un factor fundamental de unificación. Así, el mundo comienza a poseer el embrión de un único Estado de Derecho.

La concepción universal del hombre está evolucionando profundamente bajo la influencia de la ecología y de los avances en el ámbito de la comprensión intercultural. Estos factores afectan a un aspecto fundamental: la relación occidental entre el Hombre y la Naturaleza. La cultura y el desarrollo de Europa se han apoyado en la separación total y trascendental entre el hombre y todo lo demás, englobado bajo el término de "naturaleza". Desde esta óptica, la cultura era precisamente lo que escapaba al estado de naturaleza, a pesar de ciertos pesares pasajeros, mientras que muchos otros pueblos no europeos no hacían esta distinción. La ecología, nacida a mediados del siglo pasado en Alemania y difundida sólo desde hace poco, alteró los términos de esta separación mostrando que, al contrario, el hombre, incluso de forma radicalmente superior en dignidad, está ligado a todo lo demás y no puede vivir bien si no toma conciencia de sus relaciones con el resto. Por su parte, las ciencias de la vida apoyan esta nueva visión dejando patente la continuidad profunda de todo lo vivo. Esta evolución conceptual tiene dos consecuencias capitales. La menos conocida, aunque no la menos importante, consiste en reducir la distancia que nos separaba de muchas culturas que juzgábamos primitivas y permitir a dichas culturas reintegrar la comunidad mundial. Desde ese momento, nos volvemos más capaces, por ejemplo, de comprender a las sociedades indias; a través de la ecología, los pueblos indios subsistentes pueden reintegrarse en la modernidad. Están surgiendo formas de comprensión mutuas inéditas, incluso entre las grandes culturas asiáticas. La otra consecuencia es más conocida: la ecología desemboca en la toma de conciencia de un destino doblemente común, entre los hombres y el resto del universo a través de los ecosistemas y entre los diferentes pueblos a través de la propagación de contaminantes, los

cambios climáticos y la restricción de recursos. Y en virtud de este destino se acaba por preconizar un "desarrollo duradero", es decir, que integre la responsabilidad para con nuestros descendientes.

Si bien la ecología y la proclamación de los derechos universales llevan a tomar conciencia de un destino común, lo que constituye una forma de mundialización distinta de la económica y, a menudo, en crítico diálogo con esta última, no debemos olvidar el hecho de que esta conciencia común se alimenta también de la conciencia creciente de las interdependencias puramente económicas entre los pueblos. A partir del momento en que existen mercados económicos y financieros ligados los unos a los otros y, a veces, unificados, la prosperidad o las dificultades de una región se transmiten a las otras. La actual crisis asiática es un buen ejemplo de ello: a corto plazo, hace refluir capitales hacia Europa, algo positivo para nosotros, pero su prolongación nos haría perder clientes preciados. Del mismo modo, la comunidad financiera internacional está obligada a ayudar a Rusia para evitar la propagación de su actual recesión. Son muchos los que perciben mal estas interdependencias pesadas y prácticamente automáticas, pero es bastante seguro que acaben por reforzar la conciencia de un destino común y, de esta forma, de la existencia de la nación planetaria.

La mundialización es también la aparición de elementos culturales y de la vida cotidiana comunes a todos los pueblos. Asistimos igualmente a la difusión de los Derechos del Hombre y, bajo la influencia de la ecología, de la mundialización del derecho y de las interdependencias económicas, al nacimiento de una verdadera nación humana planetaria que se añadirá a las ya existentes. Este nacimiento viene acompañado de una revolución cultural: la modernidad ya no separa totalmente al hombre de la naturaleza, lo que favorece la comprensión entre nuestra cultura y las otras, así como el camino hacia un desarrollo duradero. La mundialización no es sólo económica, sino también social, y puede abrirse al universalismo del Pentecostés.

VI - La mundialización desarrolla la autonomía personal

Una de las consecuencias más desconocidas de la mundialización es su capacidad potencial para desarrollar la autonomía personal, lo cual puede constituir ciertamente un avance siempre que cada uno sea capaz de utilizar ese potencial para formarse más como sujeto. Esta afirmación no procede de cualquier idealista a *priori*, sino de la constatación de una realidad ya tangible:

- Los vehículos del conocimiento y de la acción personales se multiplican y sus costes de acceso de abaratan sin cesar, ya se trate de libros, de programas de ordenador, de CD o DVD, de programas de televisión, de los precios de los viajes y las telecomunicaciones, de la extensión de la estructura asociativa y de las ONG. Estas herramientas son cada vez menos pasivas, cada uno puede intervenir cada vez más y establecer su propio menú, sus propias combinaciones, su propio estilo de cultura y de vida. El desarrollo fulgurante de Internet va a convertir a la red en uno de los medios de comunicación y conocimiento más importantes, un medio interactivo ajeno a todo control institucional.

- Esta auténtica explosión de los vehículos personales del saber se ve favorecida por la inserción de las culturas y de los conocimientos en la mundialización y la economía de mercado. Las culturas menos conocidas se hacen accesibles, se difunden y recuperan. El fenómeno resulta especialmente visible en la música, aunque también en las artes plásticas, la moda y la decoración con la aparición de los estilos "étnicos". Esta evolución no se produce en un único sentido: las culturas no occidentales se difunden entre nosotros y de forma recíproca.

- La intrusión de las empresas en los mercados culturales acaba con el monopolio ideológico de los aparatos institucionales: Estado, escuela, Iglesias, partidos y sindicatos, y relativiza sus respectivos discursos. Junto a los discursos organizados que producen, cada uno de ellos con un conjunto coherente de saberes y reglas éticas, surge ahora una oferta disparatada de elementos ideológicos y culturales cuyo contenido se controla exclusivamente con arreglo al criterio de rentabilidad. Si bien el desarrollo de este amplísimo "autoservicio de conocimientos" puede desconcertar y la penetración de la idea de beneficio en la cultura y el saber puede inquietar, se deduce, no obstante, una transformación positiva importante: cada vez habrá menos *pret-à-porter* ideológico estandarizado, los márgenes de la libre elección aumentan y cada uno puede formarse su propia composición.

La mundialización conlleva igualmente la posibilidad, cada vez para un número mayor de gente, de trazar su propio camino entre una multiplicidad de elementos cognoscitivos cada vez más accesibles, elementos ideológicos o éticos que pertenecen a múltiples sistemas diferentes. La coherencia de este proceso se situará, en estas condiciones, en el nivel de la propia persona y no, como antaño, en el del autor del discurso. Por tanto, es posible plantear como hipótesis plausible que una de las consecuencias de la mundialización, tanto social como económica, es la aparición de una "sociedad del yo" en la que se valora al sujeto individual en detrimento de los diversos aparatos institucionales colectivos. El conjunto de los sujetos individuales no constituye por ello un simple apilamiento: está lleno de relaciones múltiples y variables. Se trata de una sociedad de múltiples "yo", aunque ligados directamente entre sí en cuanto a la acción, según agrupamientos parciales, provisionales y fugaces. Ello no implica no obstante la desaparición de las instituciones que estructuran el campo social; simplemente deberán demostrar constantemente su utilidad en pro del "yo", pudiendo apoyarse cada vez menos en el argumento de autoridad para lograr su legitimación. Los compromisos permanentes en una institución tampoco tienen motivo alguno para desaparecer, aunque ya no constituyen la única forma de socialización o de intervención social.

Esta diversificación se aplica a todos los ámbitos, tanto a la familia como al compromiso social, político o religioso. Así, por ejemplo, el matrimonio y la familia clásica permanecen vivos al tiempo que se desarrollan otras formas de unión; la pertenencia a un partido o a un sindicato se sigue practicando al tiempo que nacen formas de coordinación o movimientos sociales limitados a un objeto concreto para una duración igualmente limitada. La sociedad estructurada en grandes instituciones permanentes no desaparece, aunque se relativiza y se ve amenazada por esta "sociedad del yo", en la cual la mundialización liberal hace posible el desarrollo.

A partir de ahora, corresponde a cada uno definir su propia evolución si lo desea, desarrollando toda la humanidad que lleva en su ser. Nuestra libertad se incrementa con el mismo movimiento, al igual que nuestra responsabilidad. Si bien la mundialización permite la "sociedad del yo", no implica la uniformidad, como suele pensarse. Favorece, por tanto de forma potencial una universalidad satisfactoria al ser compatible con la del Pentecostés. Pero este cambio beneficioso inscrito en la lenta y antigua emergencia de la persona y en la visión cristiana de esta última, no podrá cumplirse más que si cada uno cultiva el aprendizaje de las lenguas de base (informática, lógica, idiomas, publicidad) y es capaz de escoger, aprendiendo por tanto a hacerlo. Es posible e incluso probable que esta formación necesaria para el ejercicio de la libertad personal precise una reestructuración de los contenidos y formas de enseñanza. Frente al riesgo de encerrarse en sí mismo inherente a esta nueva libertad, el aprendizaje, desde la escuela, de la comunicación interpersonal y de la vida colectiva debería desarrollarse con fuerza. La "sociedad del yo" refuerza la utilidad de la escuela.

Por muy beneficiosa que pueda ser en muchos aspectos, esta "sociedad del yo" no está desprovista de riesgos, en especial si se sustituyen los antiguos monopolios de los grandes aparatos ideológicos por otros más insidiosos. La enorme cantidad de inversiones necesarias para los mercados culturales amenaza con entregarlos a los mayores operadores, especialmente los norteamericanos, premisas que podemos vislumbrar con el espectacular resurgir de Hollywood y el vertiginoso ascenso de Microsoft o de Intel. Desde este punto de vista, el proyecto de *Accord Mondial sur l' Investissement* (AMI) era peligroso en su forma actual, puesto que trataba los bienes culturales de la misma forma que el resto de los bienes, como el proyecto de la zona de libre intercambio trasatlántico. La Unión Europea debería reaccionar cuanto antes si desea evitar la repetición de las consecuencias negativas de la desregulación de los años 80. El rechazo francés del proyecto AMI va a situar a la Organización Mundial del Comercio, encargada ahora de la elaboración de un nuevo proyecto, ante una gran responsabilidad.

No obstante, si la "sociedad del yo" llega a evitar el control de los grandes operadores planetarios, se desarrollará y transformará el ejercicio de la política y de la acción colectiva. Las personas sólo se movilizarán una por una si se sienten involucradas, por lo que esta movilización no será nunca permanente, sino provisional y móvil. Es necesario realizar con urgencia una reflexión acerca de la gobernabilidad de una sociedad así. Es preciso que el Estado, los partidos y los sindicatos, aunque también las Iglesias, tengan en cuenta esta nueva sociedad a la hora de actuar. La pregunta que Jesús plantea a Pedro "¿Quién decís que soy yo?" adquirirá una nueva dimensión en la vida de los creyentes, al situar la relación de Jesucristo en el mismo nivel que el sujeto.

No obstante, no deberíamos disimular los riesgos inherentes a la "sociedad del yo". Estos riesgos son de dos tipos. En el plano individual, la persona puede aislarse en su propio yo en detrimento de todo lo demás y del resto del mundo y en beneficio de su propio egoísmo. Esta tentación se refuerza a través de la sociedad de consumo, que no considera a la persona más que bajo la perspectiva del consumidor individual y que favorece el aislamiento al acentuar la propensión a consumir. Del aislamiento voluntario a la soledad sufrida hay un solo paso, fácil de franquear sin ser conscientes de ello por aquellos cuyas aptitudes de relación son débiles. En el plano colectivo, el riesgo es la atomización de la sociedad, su fragmentación en clanes y el desarrollo de una indiferencia a la condición de los otros. De esta forma, la exclusión o el desempleo podrían tolerarse perfecta y colectivamente siempre que no afectara directamente a uno mismo.

Las desviaciones y los usos potencialmente negativos son el sino de todas las libertades y sobre todo de las nuevas. No se trata de una razón suficiente para condenar a la "sociedad del yo", pero sí para velar por que cada yo pueda relacionarse con los demás. Una buena "sociedad del yo" será aquella en la que se desarrollen todas las redes, empezando por las asociativas y las de las ONG. En una encuesta reciente de *Sofres-L 'Ordinateur individuel* (número 99, octubre de 1998), se muestra que es posible ser razonablemente optimistas. Los pioneros de la "sociedad del yo", que utilizan de forma intensiva los multimedios, son reformistas, partidarios de una moral fuerte, apóstoles de la diversidad, especialmente en Europa, muy demócratas aunque dudan de los partidos y el voto, favorables a la mundialización, activos y lúcidos frente a los medios, devoradores de libros, comprometidos con la protección social y con la idea de que la escuela forma ante todo la reflexión y el sentido crítico, en fin de cuentas, mayoritariamente optimistas.

La mundialización puede desembocar en una mayor autonomía y libertad personales si los nuevos monopolios comerciales no sustituyen a los antiguos poseedores del monopolio del discurso ideológico y si cada uno se forma su propia nueva libertad y su comunicación con los otros. Es posible que nazca una "sociedad del yo" fundamentada en las relaciones directas entre personas. La acción colectiva y la evangelización deberán tenerlo en cuenta. Para evitar los riesgos de retraimiento, fragmentaciones sociales y soledades, esta sociedad deberá equilibrarse mediante una fuerte moral colectiva y cívica, así como a través del desarrollo de una estructura asociativa y de las ONG.

VII - La alternativa de los repliegues de identidad

Si la mundialización de la social democracia y de la aparición de una "sociedad del yo" constituyen respuestas positivas a los desafíos de la mundialización, la observación de la realidad actual demuestra que el resto de las reacciones más negativas son igual de posibles y de reales. En efecto, existe una gran tentación de intentar escaparse a la mundialización a través de múltiples regresiones de identidad. ¿Es realmente una coincidencia que la influencia del Frente Nacional aumentara en los 80 al mismo tiempo que la mundialización y las desregulaciones, si las dificultades urbanas tienen la misma concomitancia? No lo parece, por lo menos no más que la progresión del islamismo a partir de los mismos años y la orientación de países enteros hacia sociedades totalitarias con bases religiosas.

Las manifestaciones imprevistas y multiformes de la mundialización dan más miedo en tanto que son difíciles de comprender a causa del cambio de referencias personales y colectivas de base. Además, vienen acompañadas por un incremento del desempleo o de la exclusión. La alteración del espacio y del tiempo desconcierta a todos aquellos habituados a vivir en un universo estable, la pérdida del monopolio del discurso explicativo del Estado y de otras grandes instituciones reguladoras alarma a los que no pueden realizarse más que en una sociedad de orden, aunque sea injusta o autoritaria, la facilidad creciente de las comunicaciones y de los desplazamientos de personas acorta las distancias entre los unos y los otros, algo peligroso para determinadas personas. Es en estos niveles profundos de la persona donde se arraigan los integristas, los comunitarismos y los repliegues de identidad.

A falta de creer en la posibilidad de adaptarse, la tentación instintiva consiste en encerrarse en un pasado mitificado, los grupos elementales, la autoridad carismática de un líder. Este repliegue viene acompañado inevitablemente por un rechazo del otro, considerado distinto y peligroso por naturaleza. ¿Quién es ese otro? Puede ser el judío, el árabe, el musulmán o, de igual forma, el europeo, el cristiano... Lo es también el maestro, el conductor de autobús, el policía, es decir, todos aquellos que vinculan lo local con la sociedad global, considerada algo agresivo. Si "esos" otros pueden definir cada regresión, los "otros" de todas las regresiones tienen en común simbolizar el exterior, considerado *a priori* algo peligroso y que amenaza su identidad. *La cara oculta y oscura de la mundialización, el aspecto negativo de la "sociedad del yo", es el encerramiento individual o colectivo. En lugar de la nación planetaria, promueve la dispersión, la incompreensión y el antagonismo que llevan directamente a la situación de la humanidad después de Babel.* De la misma forma que todas las culturas y todos los países se ven afectados por la mundialización, también lo están por ese encerramiento. La mundialización engendra una dialéctica constante entre la apertura al exterior y el repliegue de uno mismo, entre los dos universalismos legados por nuestra tradición.

Esta dialéctica presenta un aspecto positivo: evita el riesgo de uniformización al que expone la mundialización a todos los pueblos. Mientras que el retorno a uno mismo se limite a la conciencia de su propia identidad ya la promoción de su cultura, existirá un antídoto seguro a todas las banalidades. Pero si la identidad se estanca en el pasado y se hace impermeable a los otros, nacerá entonces la espiral del encerramiento. Ser francés no consiste en pertenecer a un pueblo mítico de abolengo, sino en vivir en la actualidad la herencia griega, romana, árabe, cristiana, de los Ilustrados y de la República, permaneciendo abiertos al mundo.

¿Cómo reducir el encerramiento que amenaza con esterilizar a tantas personas y energías? Hay que comprender, aunque también convencer y, si es necesario, combatir. Convencer mostrando que el encerramiento no conduce a nada bueno, que puede transformar un país entero en un asilo de alienados, puesto que conduce directamente al autismo ya la alienación, engendra horrores como la limpieza étnica y conduce directamente al subdesarrollo. El temor y el menosprecio del otro se oponen a los valores humanistas y republicanos. En cuanto a las disciplinas de Jesús, hay que recordarse sin cesar que el amor al que les invita no conoce frontera alguna de raza, cultura, sexo o religión. El Pueblo de Dios no está dividido. Aquellos que se encierran buscan el orden y la seguridad, hay que decirles que lograrán exactamente lo contrario: anarquía y violencia. Esto puede demostrarse fácilmente a partir de la historia europea de nuestro siglo y los acontecimientos actuales.

En cuanto al necesario combate contra las ideologías de exclusión, debe conducirse, evidente y exclusivamente, por los únicos derroteros legales: ningún tipo de violencia es excusable en una sociedad de derecho; debe ser reprimida al igual que el racismo. Pero resulta evidente que este combate pacífico será más sencillo si la propia mundialización se produce de forma "civilizada", si no sirve exclusivamente a los más ricos, a los más fuertes ya los más inteligentes.

Estos fenómenos de encerramiento y de aislamiento pueden percibirse en la actualidad en todos los niveles, desde las personas hasta países enteros. Ninguna sociedad se escapa a ellos, puesto que acompañan de forma inexorable a la mundialización. No obstante, no adquieren la misma apariencia ni extensión en todas partes. Hemos de cuestionarnos si no encontrarán un terreno más favorable en aquellos pueblos que han desarrollado fuertes instituciones o ideologías de integración colectiva. Francia, por ejemplo, se encuentra más afectada por la extrema derecha que el resto de los países de la Unión Europea. Se trata, asimismo, del país en el que el Estado ha desempeñado la función más importante para constituir los "cimientos sociales", llegando incluso a confundirse con la propia nación. Los países musulmanes y la India, incluso Israel, parecen especialmente vulnerables a las tentaciones de retraimiento a partir de una ley religiosa que engloba todos los aspectos de la vida, determinando sociedades de orden completo. De esta forma, vemos reaparecer el riesgo de universalismos de tipo "babeliano", es decir, totalitarios, y constatamos también las consecuencias negativas. La peor de las hipótesis, para el futuro de la mundialización, sería la connivencia entre la lógica del beneficio o de la rentabilidad y estas sociedades totalitarias. Ejemplos como los de la relación ambigua entre Estados Unidos con los talibanes o con el régimen de Arabia Saudí demuestran que esta situación no es objeto de la imaginación.

La mundialización y sus dificultades han establecido una dialéctica constante entre la apertura a los otros y al exterior y el repliegue en uno mismo y en sus semejantes. Esta dialéctica se da en todos los niveles geográficos, se encarna en diversos encerramientos, individuales, políticos, etnoculturales o religiosos, vividos como alternativas a la sociedad de relaciones asociada a la

mundialización. Contrarios a todos los valores humanistas y cristianos, estos encerramientos han de ser combatidos, puesto que conducen directamente al universalismo negativo de Babel.

CONCLUSIÓN

Cuando, *con* el Tratado de Tordesillas (1494), España y Portugal se repartieron el mundo, tratado que dio paso a la primera mundialización, la de Europa fuera de Europa, lo hicieron con el respaldo y arbitraje del Papa de entonces. El proyecto estaba claro: inventariar el mundo entero, conocerlo, civilizarlo, explotarlo en beneficio de los europeos y, por último, convertirlo a la fe cristiana, considerada entonces la única admisible. Ahora nos encontramos ante una segunda mundialización, hija al mismo tiempo de la primera aunque diferente, puesto que se debe a otros motores distintos de la voluntad de poder de los europeos y la propagación de la fe cristiana. En la actualidad, la informática, Estados Unidos y las empresas son las que dirigen el juego. Frente a esta mundialización, que los cristianos no han iniciado ni deseado, ¿qué podemos hacer, qué queremos? Éstas son las preguntas que nos tenemos que empezar a plantear.

Algunos aspectos de la mundialización parecen irreversibles. Ante todo, su propia existencia: nadie sería capaz de detenerla, al igual que no se pudo detener la revolución industrial a pesar de su brutalidad, que subyugó a generaciones de campesinos y proletarios. Por otro lado, la lógica de las empresas, cuyos principios no se pueden poner en tela de juicio, dado que no existe ninguna otra fórmula alternativa: el drama soviético ha demostrado que no basta con socializar los medios de producción para edificar un futuro radiante. Por último, la revolución informática que, apoyada en poderosos grupos de interés, penetra por todas partes con fuerza gracias a sus múltiples aplicaciones. Tal es el núcleo de la mundialización, de la cual la potencia norteamericana ha sido un episodio histórico contingente indispensable al principio, pero que no constituye un motor permanente necesario. Si bien este núcleo es importante, está claro que dista mucho de determinar el futuro completamente por sí solo. La informatización irreversible del mundo no implica en absoluto una forma única de sociedad.

Tal como intenta establecer este texto, la mundialización no es ni completamente buena ni completamente mala. Inscribe su camino entre dos universalismos, el totalitario y peligroso de Babel y el liberador del Pentecostés. ¿Hacia cual tenderá más? La problemática ética y de civilización reside en esta cuestión, que permanece completamente abierta. La lógica de la rentabilidad en los mercados globalizados y la de los repliegues de identidad tienden a desviar la mundialización hacia Babel. El nacimiento de una nación planetaria y el desarrollo de las autonomías personales conducen, al contrario, hacia el universalismo del Pentecostés. La civilización que está naciendo ante nosotros sigue estando, afortunadamente, poco determinada. Se trata, efectivamente, de una civilización, puesto que la transformación actual afecta a todos los aspectos de la vida personal y colectiva, de una civilización planetaria al manipular a todos los hombres en su edificación tumultuosa.

Por tanto, corresponde a todos aquellos que se reconocen en el universalismo del Pentecostés hacer todo lo posible para que la mundialización se oriente hacia este tipo de universalismo, y no hacia el de Babel. Corresponde a cada uno aplicar esta orientación allí donde viva. No obstante, parece posible proponer un primer esbozo bajo la forma de cuatro recomendaciones.

Primero, hay que construir cuanto antes contrapesos jurídicos, sociales y políticos a la lógica implacable de las empresas y de la rentabilidad. De la empresa en la que trabajamos a la comunidad internacional, la distancia es amplia y cada uno puede encontrar la forma de actuar. Del derecho laboral a la lucha para lograr organizaciones regionales o internacionales democráticas y eficaces, las acciones necesarias son numerosas en todos los niveles. Nuestro final de siglo presencia el desarrollo de verdaderas catástrofes ecológicas y crisis financieras internacionales terribles que determinan dos facetas verdaderamente importantes. Pero el futuro de la mundialización está en juego también en la evolución del trabajo y las contaminaciones urbanas, ámbitos en los que la mayoría de nosotros estamos directamente implicados y por tanto podemos intervenir. No olvidemos tampoco que la construcción de una democracia europea real puede encaminarse también para lograr una jerarquía mejor entre poderes económicos y políticos, también a escala mundial si la Unión utilizase toda su influencia en este sentido en lugar de adecuarse a las posiciones estadounidenses, como suele hacer a menudo.

En el seno de este esfuerzo de conjunto, las fuerzas éticas y, en especial, las Iglesias, precisan un plan de acción. La importancia de esta segunda recomendación es tal que merece que nos detengamos en ella: *es necesario crear en todo el mundo un verdadero Estado de Derecho que garantice la jerarquía de los derechos necesaria para encaminarnos hacia el universalismo del Pentecostés.* La Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948 no puede considerarse la culminación: al contrario, se trata de un punto de partida. Es absolutamente necesario que el respeto de los derechos sociales y colectivos permita dirigir el derecho internacional de la mundialización económica. La forma jurídica de la Declaración de 1948, completada por convenios posteriores y por nuevos derechos, debería ser de tal forma que este verdadero código mundial humano pudiera imponerse al resto de los instrumentos de derecho internacional, desempeñando así en todo el planeta una función similar a la de la Constitución en una nación democrática. Con el fin de garantizar la eficacia de un código supremo de estas características, es necesaria la existencia de jurisdicciones internacionales. El Tribunal Penal Internacional, cuyo estatuto fue aprobado en 1998, debería experimentar en el futuro una ampliación de sus competencias.

Tercera recomendación: *luchar contra los encerramientos y los repliegues de identidad, puesto que crean sociedades segmentadas y violentas, al tiempo que alienan a las personas.* Esta lucha debe llevarse a cabo favoreciendo ante todo la eclosión de la "sociedad del yo" unido a los demás, la sociedad de relaciones, puesto que de esta forma se puede reducir el número de personas tentadas por el encerramiento. Para ello será sin duda necesario proceder a una transformación profunda de la educación y de los maestros a partir de primaria, una difusión constante, mejorada y sencilla de la informática interactiva, los viajes y los contactos. Así, esta lucha será efectiva si nos esforzamos por convencer a las personas encerradas en sí mismas de que tienen un comportamiento infantil y si reprimimos con fuerza cualesquiera violencias. Ni las Iglesias ni los Estados se escapan a esta lucha que debe llevarse a cabo sin excluir a los que se encierran. En el plano internacional, esta lucha pasa por la negativa a pactar con los paladines de toda purificación étnica o religiosa. Para nuestras Iglesias, ello debería significar igualmente una recuperación de ecumenismo.

Queda una cuarta recomendación, la más evidente pero al mismo tiempo quizás la más difícil: *vivir un mismo de forma consciente la mundialización y vivirla desde la óptica del Pentecostés,* porque nada sustituye al ejemplo vivido. Ello implica comprender el mundo que se está formando, aceptar participar en todos los niveles, desde el conocimiento de sus movimientos al aprendizaje de sus lenguajes, aceptar la coexistencia de valores establecidos y de los nuevos, en especial el fin de una

relación puramente instrumental con los recursos naturales. Ello implica también ser uno mismo autor de esta nueva civilización interviniendo junto a otros en las instituciones clásicas o en fórmulas nuevas como las ONG. En este esfuerzo personal, no puede pasarse por alto la dimensión financiera. Proporción de donaciones privadas dentro de la financiación de actividades sin ánimo de lucro sólo representa un 8% en Francia y las inversiones éticas son aún poco comunes, si bien es cierto que podrían constituir un elemento de respuesta alternativa a la lógica exclusiva del dinero y del beneficio mundializados.

Cristianos, nos corresponde participar plenamente en todas estas tareas. Primero, como ciudadanos y como personas, pero más concretamente como depositarios de una Palabra de Dios que constituye una relación y voluntad universal; en el fondo, somos los primeros mundialistas. Corresponde especialmente a los católicos aportar su larga experiencia histórica de la inserción del mensaje cristiano en las diversas culturas y de la dialéctica entre la unidad de la Iglesia a través del magisterio romano y la unidad de los creyentes a través de la comunión; puede servirnos a todos para civilizar mejor la mundialización. Corresponde a todos practicar la caridad, escuchar a los demás y usar el don del tiempo y el dinero en pro de nuestros hermanos menos favorecidos. Nos corresponde por último luchar contra las instrumentalizaciones de la religión, bastante numerosas, trabajar con nuestros hermanos de otras religiones y establecer entre nosotros la sociedad de relaciones que está germinando con la mundialización.

Ha llegado el momento, por último, de repetir que no tenemos motivo alguno para temer la mundialización pero sí muchos para purgarla de sus defectos. No podemos aceptar un nuevo universalismo sólo fundamentado en el dinero y las ganancias al precio que sea, debemos oponernos a Babel. Pero ello no es un motivo para llorar por las sociedades cerradas del pasado, crispadas por sus identidades rivales o para añorar la época en que la Europa cristiana regentaba el mundo a costa de la esclavitud y del genocidio etnocultural de tantos pueblos y ricas culturas. Por tanto, sí a la mundialización porque puede aportar un nuevo humanismo fundado en todos los pueblos, todas las culturas, todas las diversidades de cada uno, todas las religiones. Nos corresponde contribuir a civilizarla, permaneciendo fieles al Espíritu del Pentecostés y con la Esperanza que ofrece la promesa del Libro del Apocalipsis: "He aquí que hago todas las cosas nuevas".

Publicado en *CORINTIOS XIII*. "Revista de teología y pastoral de la caridad". La economía mundial. Desafíos y contribuciones ética. "X Curso de Formación sobre Doctrina Social de la Iglesia. 96 (oct-dic. 2000). 521 pp. Pp. 381-424.